UN GOBERNANTE DEBE RESPETAR A SU PUEB

Por: MERY FLORES SAAVEDRA

-¿No se sintió un tanto audaz al aceptar la presidencia de un país tan conflictivo como lo es Bolivia y más aún en momentos tan difíciles como los planteados por la política el año 1980?

Doña Lydia Gueiler sonríe. "Sinceramente, no. Asumí esa responsabilidad como una consecuencia de mi carrera política. Me sentí un instrumento político al servicio del pueblo".

Instantes previos a la conversación, la ex Presidente de Bolivia nos habla recibido en forma cordial. Elegante, vistiendo un traje de dos piezas muy bien cortado. El cabello rubio muy corto. "Me lo corté en París, pues se me empezó a caer cuando salí al exilio", explica.

Era la primera vez que conversábamos. Antes, nuestras críticas acogidas por ella con mucha clase, se las hacíamos por este mismo periódico, en la página de opinión.

"Una de esas notas me dolió mucho. No por mí, sino porque en ella usted subestimaba a la mujer de nuestro país. Fue cuando fui distinguida por las Naciones Unidas, junto con Margaret Thatcher e Indira Ghandi. Usted decía que yo no podía estar a la altura de esas dos mujeres".

—Efectivamente señora Gueiler, porque usted es muy latina, con sangre en las venas y mucho corazón, en cambio Margaret Thatcher y doña Indira Ghandi, son dos personas cerebrales que no vacilan ante una decisión aun cuando esa decisión mande a la muerte a miles de hombres. No es preciso creo hablar de las Malvinas.

La señora Gueiler escucha con atención y no responde, pero luego como hablando consigo misma dice: "Tal vez haya sido así, pero quiero explicar que esa vez recibí esa distinción no como Lydia Gueiler, sino como mujer boliviana, como mujer de este continente".

—Le creo, pero estoy segura de que doña Margaret la recibió exclusivamente como la señora Thatcher. Ahí está la diferencia.

—¿Se sintió usted utilizada durante su mandato?

Por momentos. Lo que pasa es que yo confío mucho en la gente pues mido a las personas de acuerdo a lo que soy. Pero en eso de sentirme utilizada, me dí cuenta muchas veces de las intenciones y el darse cuenta de algo creo que significa tener los ojos abiertos.

El saloncito donde conversamos es acogedor, afuera empieza a lloviznar y ese detalle le da intimidad a la conversación.

Tenemos una amiga común, nos dice doña Lydia.

—¿Sí? ¿Quién es?

Rosa Lema Dolz. Una gran amiga y compañera de los tiempos de lucha, quiero decirle que siento un gran cariño por ella pues se trata de una mujer inteligente y generosa. Fuimos compañeras en el Parlamento y guardo gratos recuerdos de ella. Le tengo un cariño fraternal.

—Efectivamente, doña Rosa es una amiga para siempre. Ella es muy temperamental y apasionada con un fondo de ternura que muy pocos conocen.

Treinta años de lucha, los de doña Lydia, ella nos lo dice, una lucha que comenzó con la eclosión del Movimiento Nacionalista Revolucionario. Un partido que hubiera continuado fuerte y vivo de no ser las ambiciones personales y el prorroguismo de sus líderes.

"He puesto mi vida en la lucha por mis convicciones, estoy educada espiritualmente por una madre maravillosa que fue la chispa que encendió esa lucha que se inició en una etapa vedada para la mujer".

"Yo ví a mi madre sacrificarse y me convencí de la injusticia de la sociedad, entonces empecé a rebelarme. Viví en un hogar económicamente modesto, por eso comprendo a todos".

Volvemos a las preguntas que llevábamos impresas en la mente.

—¿Sintió usted miedo al asumir la primera magistratura, en esos momentos de gran solemnidad que precedieron su ingreso al Palacio Quemado, donde gobernaron dictadores, hombres rudos y fuertes, hombres llenos de ambiciones?

Sí, por la responsabilidad que asumía. Fui investida por mandato del Congreso Nacional y como mujer iba a entregar el alma y la vida para cumplir con la misión que me fue encomendada.

"Fue la culminación de una carrera política y tenía en esos instantes un instrumento para desarrollar mis ideas.

—¿Qué piensa usted sobre lo que fue y es ahora el Movimiento Nacionalista Revolucionario?

Que sigue siendo un gran partido.

—¿Pero y las escisiones?

Nada de eso. El MNR ha dejado una plataforma política muy grande. Ahora son las nuevas generaciones las que deben asumir las responsabilidades.

"Yo creo que existe una juventud inteligente, creo en una nueva proyección boliviana. Los jóvenes tienen que asumir la responsabilidad".

—¿Pero los viejos líderes, señora Gueiler?

Mire, los hijos difícilmente asumen una responsabilidad en un hogar donde están los padres para solucionarlo todo, sólo cuando ellos desaparecen se ven forzados a ello. En Bolivia no se debe esperar que los viejos líderes desaparezcan para que la juventud aflore.

Le comunicamos nuestros pareceres respecto a la mujer que asume el gobierno de un país. No somos feministas. Nunca lo fuimos. Físicamente la mujer es siempre más frágil que el hombre, salvo casos excepcionales de tipo hormonal como el de la señora Margaret Thatcher.

—¿Qué opina al respecto doña Lydia?

No. Yo no soy frágil y no he dejado de ser mujer pese a ser política. Al contrario creo que las mujeres somos más resistentes al dolor que los hombres, porque lo sufrimos con más estoicismo que ellos.

Lydia Gueiler reconoce que como todo en la vida se cometieron errores, esto, al hablar de conducción del MNR y señala que el año 52 se rompieron muchas estructuras y que por lo tanto se despertaron muchos resentimientos. Esa —dice— la razón para que se haya asumido una actitud de defensa de la política del MNR.

"Ahora, en cuanto a mi asunción a la Presidencia de Bolivia, la tomo como un ascenso de cargos como el momento señalado para responder primero como mujer y luego como política".

"No pensé nunca en Lydia Gueiler, sino en la mujer americana que hay en mí. Usted dijo que no se me podía comparar con Indira Ghandi. ¿Cómo podía menospreciar así nuestra lucha?

Doña Lydia se refiere a la nota que publicamos firmada en estas páginas cuando fue distinguida, junto con Thatcher e Indira Ghandi, en reconocimiento a su labor por la integración de la mujer en la sociedad en 1980.

—E Isabel Perón, señora Gueiler, ¿qué piensa de ella?

Isabel no es la consecuencia de una carrera política, sólo circunstancial sin que eso signifique que es alguien importante.



Sencilla. Intuitiva.



"No, no sentí miedo al asumir el mando del país, sólo una gran responsabilidad".